

CAPÍTULO 1

Y fue en el comienzo...

Un libro infantil y una antigua televisión

Mucho se ha discutido y se seguirá discutiendo sobre el origen del planeta y mucho más aún sobre la aparición de la vida. No es motivo principal de este libro debatir específicamente este tema, que nunca pierde ni perderá actualidad. Aunque la cantidad de información que se fue acumulando al respecto resulta abrumadora, no se tiene mayor certeza que varias décadas atrás. Tal vez sea bueno que el origen de la vida siga siendo un gran misterio, que siga despertando pasiones y curiosidades en nuevas generaciones de científicos y de legos; que siga aguijoneando cada tanto a algunos a aventurar otra nueva teoría, atrayendo de inmediato igual cantidad de defensores y seguidores que de opositores y detractores. Pero cualquiera sea su origen, las bacterias juegan un rol de gran importancia en la aparición de los seres vivos, su desarrollo y su explosiva expansión, y a ellas me referiré con cierto detalle en las próximas páginas.

Siendo yo un niño de 7 u 8 años, hace ya más de un largo medio siglo, recuerdo la extraña sensación que me producían algunos libros, especialmente cuando los veía por primera vez. Era una mezcla de curiosidad, de atracción y de cierta aversión al mismo tiempo. Posiblemente me sentía atraído más bien por los dibujos y colores que

por el título o la temática. Por entonces no existía Internet, ni siquiera las computadoras y sus interminables variantes, y el libro escrito era por lejos la principal fuente de acceso a la información, cualquiera fueran sus características.

Creo que al ver un libro me sentía atraído por lo nuevo, por el desafío implícito que escondía en su interior, al tiempo que sentía el temor que conlleva todo lo desconocido, la duda de si meterme en temas que posiblemente no comprendiera bien, cosas que es mejor no saber por ahora, mundos extraños aún para mí que podrían asustarme. Pero la atracción siempre predominaba, y aún recuerdo la sensación de asombro al ver las filas de libros exhibidos en las estanterías y vitrinas de las librerías.

Los libros de divulgación científica para niños (y no tan niños) eran entonces frecuentes, algunos muy simples, otros bastantes aburridos. Casi todos pasaban por la prueba de lograr atrapar, al menos por un momento, un par de ojos infantiles ávidos de curiosidades, y cada tanto aparecía un libro que lograba la exquisitez de atraer la atención por horas y días enteros.

Una vez cayó en mis manos la *Historia de las Invenciones*, del escritor holandés-estadounidense Hendrik van Loon. Durante la primera mitad del siglo XX, Van Loon fue un maestro insuperable en la redacción de libros para niños, especialmente sobre temas históricos, que él mismo ilustraba con gran arte.

En las primeras páginas, a modo de simple introducción, Van Loon nos decía: “Un buen día, una diminuta partícula de polvo se alejó de su añoso padre, el Sol, y se estableció por su cuenta. El acontecimiento no causó gran revuelo en el cielo, porque el nuevo recluta era tan desesperantemente exiguo que ninguna de las estrellas de mayor edad, que vivían en una parte distante y más respetable del cosmos, pudo notar siquiera la llegada de su hermanita. Pero quizás sea preferible no informarse demasiado de los aspectos más bien humillantes del asunto, pues, por decirlo de una vez, todos nosotros somos prisioneros de ese diminuto globo”. Tras hacer una comparación con la atracción que

ejercen las novelas de detectives, concluye diciendo que “la historia de nuestro planeta constituye una interminable serie de acertijos, de los cuales solo fue posible hasta ahora resolver unos pocos. Los demás se niegan obstinadamente a entregar su secreto, pero es preciso tratarlos con justicia y reconocer que no hay uno solo entre esos acertijos para el que no exista una clave”.

Durante semanas el relato de Van Loon fue un compañero inseparable, entonces decidí (posiblemente sin saberlo) que dedicaría mi vida a estudiar las ciencias naturales, a saber algo más acerca del origen del planeta, de los misterios de la naturaleza y de sus asombrosas y desafiantes criaturas. Recuerdo que muchos años más tarde, cuando estaba en la universidad estudiando geología y temas conexos, volví a leer con regocijo aquellos párrafos que no han perdido nunca vigencia.

Tal vez las cosas se hubieran dado de igual forma, de todos modos, sin conocer ese libro, y otros textos hubieran ocupado su lugar. Imposible saberlo. Pero si la *Historia de las Invenciones* fue un punto de referencia en mi infancia, una década más tarde las películas de Cousteau dieron su estocada final en mi vocación adolescente. En aquella televisión en blanco y negro de los años 60, cuando además no existían grabadores de video ni tecnología accesible para guardar películas (inimaginables los teléfonos celulares, los *Googles*, los *YouTubes* y las múltiples aplicaciones, cuando los más audaces futurólogos profetizaban que alguna vez habría TV en colores) las aventuras de Jacques-Yves Cousteau eran un acontecimiento imperdible. Con un estilo único y atrapante, la divulgación de sus exploraciones por los mares del mundo marcó a toda una generación, despertó sanamente la imaginación dormida e incitó como nunca antes el interés por la naturaleza y la ecología. Mi destino ya no tenía escapatoria. La suerte estaba echada, y entre tantos temas apasionantes y diversos me dedicaría a estudiar las aguas y sus organismos.

Pensando que yo era el único “loco” en abocarme a tales temas, en la universidad encontré a muchos con similar vocación. ¡Estudiar ecología acuática! ¿Por qué? ¿Tiene sentido acaso esta pregunta? Parafraseando las expresiones de Cousteau que flotaban por nuestra